

Terrorismo y amenazas imperialistas

Isabel Monal

Profesora e investigadora. Instituto de Filosofía.

Los horribles atentados del 11 de septiembre, y las Guerras que les han seguido, marcan sin dudas un hito cuyo significado y proyección futura no se puede ignorar ni minimizar. Salvo excepciones, existe una tendencia a conferirle al atentado terrorista la exagerada dimensión de demarcación de cambio de época o de inicio de un nuevo orden internacional. No parece tampoco acertado el juicio que lo ubica, en cambio, como un acontecimiento casi anecdótico, con lo cual se minimiza el impacto real que ya ha tenido, y sigue teniendo, en las configuraciones geopolíticas y geoestratégicas. Sin dudas, una transformación importante de estas configuraciones está teniendo lugar, pero el mundo no parece haber cambiado en el sentido profundo del término. Visto en su proyección, el acto terrible del 11 de septiembre y la riposta estadounidense, junto con los antecedentes de la Guerra del Golfo y de los ataques a Yugoslavia, permiten, en lo esencial, la conformación y afianzamiento del llamado nuevo orden mundial surgido después de la caída del socialismo en Europa del Este y la desintegración de la URSS. Ahí radicaría el cambio más significativo. Pero no el único.

No parece posible tratar de entender, al menos parcialmente, lo que ha ocurrido, si no vemos la encrucijada de varias transversales, en cuya lógica habría que ubicar el sangriento acto terrorista más espectacular imaginable, aunque su número de víctimas —no está de más aclarar enseguida— no alcanza las espeluznantes cifras de lo que alguien ha llamado con justeza el terrorismo silencioso del hambre y las enfermedades de cientos de miles de niños del Tercer mundo, víctimas del muy injusto orden económico, político y social mundial.

Algunas de esas transversales son de particular significación para el objeto de este análisis.

La causa antiterrorista. Geoestrategia e ideología

En primer lugar, lo más acertado sería comprender que el 11 de septiembre debe, en parte, su ocurrencia al hecho de que el mundo no ha cambiado como debía, ni se ha modificado en la dirección de una mayor justicia social y equidad, por una parte, ni de una disminución

o, mejor aún, desaparición de la hegemonía, dominio y explotación imperialistas, por otra. Sin embargo, en el marco del capitalismo neoliberal que se internacionaliza, se han producido conocidos cambios en un sentido inverso: ha habido, desde hace más de diez años, una intensificación de ese dominio, una pobreza y miseria crecientes, desigualdades que se ahondan, países enteros amenazados con desaparecer por miseria y enfermedades (como es el caso del SIDA en gran parte de África), flagrantes injusticias que proliferan, y relaciones internacionales impositivas, arrogantes y humillantes. Nunca antes fue tan terrible el panorama del planeta; nunca antes la humanidad había conocido un poder imperial unipolar tan poderoso. Es en ese panorama, en primera instancia, que habría que ubicar los atentados del 11 de septiembre, si se quiere ser serio y abarcador.

En realidad, hay una contradicción en el sistema de explotación y dominación que obliga a los Estados Unidos a encontrar «soluciones» que permitan la supervivencia de aquel. Desde 1948, se manifestó la conciencia de la existencia de este problema y, por tanto, de los objetivos que debían mantenerse de una administración a otra. Así, George Kennan, cuando dirigía el equipo de planificación del Departamento de Estado, constataba que los Estados Unidos poseían alrededor de 50% de las riquezas mundiales pero solo 6,3% de su población. «Nuestra verdadera tarea —continuaba la argumentación— en el período que viene es desarrollar un sistema de relaciones que nos permitirá mantener esta posición de desigualdad sin poner en peligro nuestra seguridad nacional».¹ Cuánto tiempo podrá mantenerse esta situación con su contradicción insuperable (siempre y cuando el peligro no se entienda como amenaza a la seguridad, sino a lo insostenible del sistema), es una pregunta que nunca ha dejado de estar sobre el tapete, pero que los atentados del 11 de septiembre han recordado en su actualidad.

Los Estados Unidos decidieron enfrentar el terrorismo que ahora los golpea de la peor manera posible, haciéndole la guerra al pueblo afgano en nombre de una cruzada antiterrorista, cuyo objetivo central y verdadero, de tipo geoestratégico y geopolítico, busca en realidad incrementar y consolidar su poder y control sobre el mundo, y para lo cual el antiterrorismo es una útil y «honesta» fachada de presentación. Se trata, pues, de una guerra neocolonial e imperialista de amplias proyecciones, lo que no quiere decir, como a veces se lee, que la búsqueda de Bin Laden y la destrucción de los talibanes haya sido solo un pretexto. Sin dudas, son pretextos para ocultar y justificar objetivos más importantes y vastos, pero la lucha contra el terrorismo que los azota directamente, y la consecuente lucha contra los talibanes y su huésped, fueron también objetivos

de sus acciones, aunque no los únicos ni los más importantes.

Contrariamente a lo que se quiere hacer creer, el imperialismo no ha desaparecido de la faz de la tierra con las mundializaciones múltiples y las transnacionales, sino que ha entrado en una nueva fase o, como sostienen algunos especialistas, se ha transformado en un nuevo imperialismo. En cualquiera de los dos casos, lo que interesa subrayar no es solo su permanencia como tal, sino que, con los nuevos desarrollos y sin por ello modificar su naturaleza esencial, el imperialismo ha sufrido transformaciones cualitativas importantes con la nueva fase de la internacionalización del capital y esas formas múltiples de mundialización que lo acompañan, formando un conjunto de estrechas imbricaciones. En las nuevas circunstancias, ya no se trata, para el imperialismo en general, de un control militar o colonial directo sino, en particular, del control de los mercados y de la dominación tanto política como militar necesarios para ello. No existe, pues, una tendencia a controlar directamente determinados territorios, sino más bien a controlar la economía mundial y los mercados globales. Por ello, al poder unipolar le resulta imprescindible liberarse tanto de las trabas (económicas, políticas o militares) que le impidan ejercer su dominación a escala planetaria, como de obstáculos tales como el respeto a las fronteras o a las soberanías nacionales, en especial las de los Estados del Tercer mundo y de aquellos que no sean sus propios aliados o sus servidores. Todo ello no quiere decir que el uso de la fuerza no le sea necesario; por el contrario, ella continúa desempeñando un papel fundamental. Pero, en las nuevas circunstancias, ese ejercicio de la fuerza demanda condiciones de gran flexibilidad y que se pueda llevar adelante lo más rápidamente posible. Estos objetivos estratégicos demandan, a su vez, variadas formas complementarias a la mundialización económica, tales como las intervenciones militares y políticas, para que la internacionalización del capital tenga éxito y pueda ser permanente. Es un conjunto necesario para la expansión y el reforzamiento imperialistas, y para que la potencia unipolar logre establecerse con más fuerza y más plenamente.

Pero la treta de descalificar el concepto y la teoría del imperialismo ha rendido, sin embargo, sus frutos, incluyendo las ingenuidades y «modernismos» de una parte importante de la izquierda. Resultó, por ejemplo, muy útil en momentos específicos, como la guerra contra Yugoslavia y la intervención en Kosovo, y también en la guerra contra el pueblo afgano y a favor del proyecto imperial en curso, con fachada de antiterrorismo. Sin dudas, la descalificación del concepto de imperialismo ha sido, como ha señalado Samir Amin, una útil jugarreta ideológica. Los que hablan de imperialismo y

antimperialismo son acusados de retardatarios, de estar rezagados respecto a los avances cognoscitivos de las ciencias sociales, y a permanecer atrapados en ideologismos ya superados. Es un triste espectáculo leer, en ocasiones, a respetados teóricos de la izquierda en filigranas a la moda para escapar del anatema. Claro que la deslegitimización de la idea del imperialismo conlleva la inmediata consecuencia de deslegitimar, asimismo, la lucha real y política contra él, y el concomitante resultado de favorecer la acción imperial en todas las latitudes. Ayuda, igualmente, a legitimar la retórica capitalista e imperialista dominante, y priva a los movimientos populares y de izquierda de un arma formidable de lucha y de esclarecimiento ideológico.

Afganistán en perspectiva: la guerra equivocada

Existen indicios de que esta guerra imperialista por mantener e incrementar la supremacía de los Estados Unidos en el mundo había sido concebida y planeada desde meses antes de los acontecimientos del 11 de septiembre. Es lo que afirmó, en una entrevista a la BBC, Niaz Naik, ex ministro paquistaní de Asuntos Exteriores. Al parecer, desde fines de julio de 2001, funcionarios norteamericanos le habían hablado de un plan que buscaría lanzar una operación militar para derrocar al régimen talibán e instalar en su lugar un gobierno de afganos «moderados»; esto se llevaría a cabo, a más tardar, hacia mediados de octubre (antes de las nieves) desde las bases situadas en Tadjikistán, en donde los consejeros de los Estados Unidos ya estaban presentes.² Este dato es importante porque confirma, además, el trasfondo de las verdaderas intenciones geoestratégicas, ya que la guerra no estaba directamente motivada por el afán antiterrorista. Asia representa un área de vital interés estratégico para los Estados Unidos en su línea de reafirmar y potenciar su propio papel de centro mundial del imperialismo. La guerra contra Afganistán se inscribe en esa óptica.

Sin dejar de tener en cuenta que el motivo central de esa guerra y la cruzada antiterrorista radica en sus intereses geopolíticos de supremacía mundial, existen asimismo varios otros objetivos muy importantes. El eje petrolero es, sin dudas, uno de ellos; se trata, sobre todo, del control económico y militar de los grandes corredores energéticos, un hecho reconocido por la prensa burguesa y por innumerables analistas más o menos lúcidos, que no son precisamente de izquierda; en el entendido, además, de que el control y la garantía del petróleo es también una condición para la supervivencia de la supremacía del imperialismo contemporáneo y de su representante máximo y más

poderoso. Zbigniew Brzezinski deja claramente expuesta la importancia de Asia central cuando subraya la necesidad del control estadounidense de lo que él denomina los «Balcanes eurasiáticos», que incluyen el territorio desde el área caucásica del Caspio hasta las repúblicas ex soviéticas de Asia central, así como Afganistán e Irán. Para él, queda muy claro que el área está situada en una posición central respecto a la red de comunicación destinada inevitablemente a conectar de manera más directa la extremidad más rica e industrializada de la Eurasia occidental y la oriental.³

Ese dominio necesita no solo el control de las vías energéticas, sino también de las articulaciones esenciales, infraestructuras, comunicaciones, intercambios y comercio. Tal control requiere territorio, sometimiento de las poblaciones y bases militares que posibiliten prontas intervenciones. La supremacía militar es una condición para el mantenimiento y la ampliación de la supremacía económica y política, capaz de quebrar resistencias y de tomar el lugar de otras influencias competitivas. El cambio cualitativo del imperialismo no supone la desaparición o disminución de la importancia de las bases militares. Por ejemplo, el papel tan importante de la aviación moderna en la estrategia de dominio, puesta en evidencia en el Golfo, Kosovo y Afganistán, requiere de una cierta cercanía al teatro de las operaciones, pero también son útiles para el sometimiento permanente de las áreas ya bajo control. Con la presencia de bases en el corazón de Asia —no solo en Afganistán, sino también en algunas de las repúblicas ex soviéticas—, se obtiene una posición prominente en el área y se posibilita el establecimiento de un cordón de bases del Pacífico al Golfo Pérsico. La progresión de los últimos años es significativa; gracias a la guerra del Golfo, los Estados Unidos lograron finalmente implantarse en el Medio Oriente; con la guerra contra Yugoslavia han instalado bases en Bosnia, Kosovo y Macedonia; después se instalan en Afganistán y varias de las ex repúblicas soviéticas (Tadjikistán, Turkmenistán y Georgia). No es cuestión de una forma colonial directa, no se gobiernan los territorios de la manera clásica colonial, pero se utilizan bases y hasta se pueden crear, en caso necesario, especies de protectorados con fachada de internacionales, que permitan el avasallamiento necesario.

Esta guerra imperialista buscaba mantener e incrementar la supremacía de los Estados Unidos en el mundo. Pero el hecho de que, por su naturaleza, fuera imperialista no excluye, sin embargo, como ya ha observado algún estudioso, que poseyera rasgos propios de las guerras colonialistas clásicas tradicionales: la indiscutible superioridad tecnológica de las armas de los invasores (que en el caso de Afganistán fue

devastadora), la inserción de la guerra en un conflicto étnico-tribal en curso, utilizando una de las partes contra la otra; decisión desde el exterior de cuál gobierno debe ser el del país vencido, reparto del botín, etcétera.⁴

La presencia de las bases militares o de ejércitos extranjeros puede también quedar «justificada» porque perdure una situación de inestabilidad, tal y como viene ocurriendo en Kosovo, por ejemplo. Aquí el mantenimiento de la desestabilización «muestra» la necesidad de la presencia militar extranjera.⁵ En el caso de Afganistán, y de Asia central en general, el designio está claro: de una forma u otra se mantendrá la presencia militar estadounidense y, para Afganistán en específico, también la de algunos de sus aliados (Gran Bretaña en particular) por largo tiempo.

Es conveniente, para el designio de dominación imperialista, esta multiplicidad de las fuerzas de intervención y ocupación porque permiten la fachada internacional y, con ello, la referencia a la famosa «comunidad internacional», designación secuestrada por los poderes imperiales desde la Guerra del Golfo. Aunque el caso de Afganistán ha sido, en muchos sentidos, una especie de repetición de lo ocurrido en el Golfo en 1991, en tanto primera guerra del nuevo orden, hay, sin embargo, importantes diferencias. Una de ellas es precisamente el papel de los aliados y las relaciones entre ellos. La progresión, en ese sentido, es bien significativa. Para Iraq se buscó, y se logró, el aval y la participación de la ONU. Ello implicó, no obstante, dificultades en la conjunción de voluntades políticas e innumerables ajetreos diplomáticos para lograr el consenso entre tan variados aliados. Para los ataques a Yugoslavia y su provincia de Kosovo, las fuerzas imperialistas prefirieron limitarse solo a la OTAN, lo cual les permitía una mayor libertad de movimiento y decisión, e introducía la alianza de los poderosos como fuerza interventora y de gendarme internacional, un precedente importante y necesario para los proyectos de reparto y dominación del mundo. Pero en el caso de Afganistán, hasta el uso de la OTAN parecía mucho para los Estados Unidos; ello hubiera provocado, a sus ojos, tener en cuenta muchas opiniones y demasiados miramientos y concesiones. Se montó, cierto, una alianza, pero solo para apoyar y sostener a los Estados Unidos. En este caso, se dejó de lado hasta los aliados más cercanos de la OTAN para tener las manos totalmente libres; después de todo, el argumento ha sido que los Estados Unidos habían sido atacados. Con la nueva guerra, estos han establecido su autonomía bélica. Aquí se está también frente a un precedente de consecuencias incalculables, más aún si se tiene en cuenta que el ataque terrorista del 11 de septiembre generó una onda de aceleración de las acciones y proyecciones imperiales.

Y con ello la tentación de manejar y salvaguardar el sistema mediante la guerra.

Se trata de la guerra como política o como una manera privilegiada de hacer política. Brzezinski lo establece claramente, con bastante anticipación a los atentados de septiembre. Para el consejero del presidente James Carter, «lo que hay que preservar es el sentimiento de que el orden del mundo reposa, en última instancia, sobre los Estados Unidos [...] Ellos deben estar en posición de actuar solos y de manera independiente cuando la acción colectiva no pueda ser orquestada».⁶ Una divisa claramente establecida en la progresión, que acaba de señalarse, que va del Golfo a Afganistán, a Iraq. Para la en ocasiones inconveniente opinión pública norteamericana y la de los aliados europeos, ya se había encontrado también una salida. Ante el temor de que la duración de la guerra, con sus atrocidades, hubiera logrado hacer bascular la opinión en el sentido contrario a la guerra, la garantía de que sería de corta duración, al menos en su período más grave y terrible, impediría que el movimiento por la paz lograra hacerse fuerte y potente, como ocurrió con Viet Nam.

La guerra contra Afganistán fue la continuación y profundización de la misma lógica imperialista que condujo a la Guerra del Golfo y a la guerra contra Yugoslavia, las cuales forman a su vez un conjunto con las violentas agresiones a Panamá y Somalia. Es esa transversal de la geopolítica del designio de dominación y explotación, con las características de las nuevas formas del imperialismo, la que enlaza, en la encrucijada, con el desafío terrorista. Lo que no excluye, por supuesto, que el componente antiterrorista sea real y legítimo.

Pero esa guerra, además de ser un crimen, fue un grave error. No solo porque la situación de confrontaciones se ha extendido, y produce caos e ingobernabilidad, sino también porque, aun cuando las fuerzas imperialistas y sus socios (incluyendo a los nuevos servidores de antiguas repúblicas soviéticas decididas a unirse al carro del poder unipolar y con la ilusión de participar en el juego de influencias de la región) hayan obtenido la victoria militar, las consecuencias políticas y sociales para toda la región y el resto del mundo serán impredecibles. Los talibanes, pero sobre todo Bin Laden y su red Al Qaeda, podrían emerger como héroes, y hasta casi santos, ante significativas masas de creyentes y gente humilde, y sus futuros émulos y seguidores podrían multiplicarse indefinidamente. Estos no serán resultados necesariamente inmediatos —¿cuánto tiempo pasó desde que Arabia Saudita autorizara la presencia de tropas norteamericanas en su suelo (uno de los agravios esgrimidos por Bin Laden) y los atentados de Nueva

En su lucha obsesiva contra el socialismo y el comunismo —y, en general, contra todos los movimientos progresistas— los Estados Unidos concibieron la promoción del islamismo político extremista como una fuerza de choque y de subversión.

York? Por eso no se sabe cuándo ni cómo será el verdadero fin de la guerra, y mucho menos cuáles nuevas y peligrosas amenazas acecharán la tranquilidad del planeta. El odio que esta guerra puede haber engendrado puede ser infinito, y las amenazas inimaginables. No es posible avasallar y humillar indefinidamente a poblaciones enteras sin que, desprovistas de perspectivas y esperanzas reales, se dejen llevar por el barranco sin solución de las reacciones irracionales. Por el momento, no obstante, son los triunfos de los Estados Unidos y sus aliados cercanos los que dominan el escenario, lo cual ha traído como una de sus consecuencias que el imperio se sumergiera en una euforia triunfalista y arrogante que lo estimula aún más a la gestión por la guerra y el intervencionismo en los asuntos del planeta, como se ha visto después en Iraq.

Terrorismos, fundamentalismos y política imperialista

El tratamiento paradójico, oportunista y desequilibrado por parte de los Estados Unidos de los problemas del Medio Oriente, y del mundo árabe y musulmán en general, están en la raíz de muchos de los males de hoy, incluyendo el terrorismo. Durante décadas el imperialismo occidental se esforzó, con bastante éxito, en liquidar a líderes y movimientos enteros de esos países que no servían a sus intereses o que consideraban demasiado radicales o comunistas. La lista sería larga, pero resulta imprescindible entrar en algunas precisiones sobre los más significativos, respecto al presente análisis.

Durante décadas los países imperialistas europeos, y los Estados Unidos en particular, llevaron a cabo una política sistemática de subversión y aniquilamiento no solo de los gobiernos o movimientos procomunistas, sino también contra todas las tentativas de desarrollo independiente que sobre bases relativamente laicas trataron de implementar diversos países del Tercer mundo, en algunos casos inclusive de naciones recién salidas del estatus colonial. Irán, el Egipto de Nasser, Indonesia y la Argelia del FLN, son ejemplos típicos de esta política de hostilidad de Occidente. Esa hostilidad no se encuentra, sin embargo, hacia los regímenes feudales y oscurantistas de la región.

En 1953, el gobierno progresista, nacionalista, reformista y laico de Muhammad Mossadegh fue liquidado por un golpe fomentado por la CIA; sus seguidores, incluyendo a los comunistas del partido Toudeh, fueron masacrados por miles en un baño de sangre sin precedentes entonces. Fue aquel gobierno, es oportuno recordarlo, el que nacionalizó los campos de petróleo de Irán. En la década de los 60, Ben Barka fue asesinado mediante un contubernio entre los agentes de Marruecos y los franceses. A mediados de esa década, el gobierno progresista y de política exterior independiente de Sukarno, en Indonesia, fue eliminado mediante un golpe que encabezó Suharto y fomentaron los Estados Unidos. Decenas de miles de comunistas y de seguidores del presidente fueron asesinados. Esa política de sistemática liquidación de movimientos y gobiernos laicos, ya fueran reformistas, nacionalistas o revolucionarios, y de la consecuente destrucción de las esperanzas y de las opciones de desarrollo y de independencia, no podía dejar de traer nefastas consecuencias.

Comentando esta situación, Samir Amín hacía notar recientemente cómo el capitalismo y el imperialismo occidentales habían liquidado poco a poco, o reducido a su ínfima expresión, las fuerzas laicas no pronorteamericanas o no sometidas a algunos de sus aliados occidentales (el caso de Ben Barka), lo que finalmente creó un vacío político. Este vacío, unido a la permanencia de las condiciones de hambre, explotación y opresión de amplias masas, por muchos de aquellos gobiernos pro-occidentales, fue abriendo el camino y creando condiciones para el islamismo político, sobre todo el integrista; un proceso que entonces, y por muchos años, contó con el aliento, apoyo y promoción de los poderes imperialistas, los cuales salieron muy beneficiados entonces con aquellos resultados, además de alejar el tan temido peligro de los cambios revolucionarios. No se insistirá lo suficiente en lo desastroso de esta política para el mundo árabe y musulmán y, en consecuencia, para todo el planeta.

El Islam político es, en general, una tendencia retardataria y oscurantista que se asienta en una ideología conservadora y hasta reaccionaria, particularmente opresora respecto a las mujeres. En la época del alza del movimiento de liberación nacional en los países árabes (con sus limitaciones) tales como el nasserismo,